

## UN GRITO EN LAS TERMAS

Los vapores que se desprenden del agua caliente del caldario me nublan la vista mientras noto cómo mis músculos se desentumecen por completo. Tras una semana dura no hay nada más relajante que una tarde en las termas. Obviamente, en nada se puede comparar el bullicio de Clunia con el de Roma o Emerita Augusta, pero por Vesta que una semana combatiendo intrigas y entuertos fatigan a uno. Mientras me tomo mi tiempo en admirar las losas de mármol que recubren los decorados muros interiores de la sala, dejo que la relajante agua termal se lleve mis preocupaciones.

El ambiente relajado y sosegado del caldario siempre me ha gustado más que el frío, aunque fresco, ambiente del frigidarium, con sus gélidas piscinas y los helados suelos de mármol. El tepidarium no me disgusta, pero sabiendo que una sala más allá, aún más cálida me insta, sobre todo en invierno a acelerar mi paso y dejar atrás las tibias paredes del tepidarium y acceder al caldario.

Pasadas las horas, tras un buen tratamiento y sintiéndome limpio, salgo de la piscina y me encamino de vuelta a los apoditerios con intención de realizar mis habituales ejercicios en el nadatio. Atravieso el tepidarium y el frigidarium. Entro entonces en el apodyterium, una sala, ricamente decorada, con mármol y teselas, llena de pequeños nichos en los que depositar tus enseres. Atravieso la sala y entro en la palestra, la sala porticada donde los chiquillos juegan y los hombres practican la gimnasia. Me ejercito con la carrera pedestre y los lanzamientos diversos hasta sentirme tonificado. Me encuentro, entonces, con mi buen amigo Tiberio, el conocido mercader de paños de Clunia.

En medio de nuestras risas, de vuelta ya al apodyterium, un grito trágico y helador, como el de un alma desgarrada llega desde el exterior y paraliza a los alegres clientes que estupefactos se miran entre sí. Pasan unos segundos y me decido a actuar. Abro mi nicho, localizado a pocos pasos del pórtico de entrada y saco mi túnica y mi toga, blanca y nívea. Cojo también mi gladio. Salgo, raudo, al nadatio, el colorido jardín de ejercicios lleno de atletas y paseantes. Pero no me paro a observar y atravieso la puerta, que me lleva al exedra el vestíbulo del que vino el grito. Entro y encuentro a Flavia, la amable recepcionista, desfallecida y ante ella, completamente desfigurado por alguna extraña razón que no alcanzo a entender, el cadavérico rostro de un hombre, con los ojos hinchados, una rezumante saliva de aspecto ácido y la cara tres veces más grande de lo acostumbrado.

Entran entonces, dos vigiles, sus armaduras brillantes, uno de ellos con el casco mal colocado y otro con la capa raída y sucia.

-Detente, ciudadano- ordena el primero. Pero al reconocermelo, se apresura a saludar y a ponerse firme.

Obviando el error de mis subordinados, ordeno de vuelta: sargento convocad al capitán Virius y al cirujano Cassio. Y colocaos el yelmo ¡por Saturno!

-¡Sí, señor! dice mientras abandona raudo las termas. Tras un largo suspiro, miro al frente. En fin, de vuelta al trabajo, otro caso que resolver...